

CAPITULO VII

Trabajosa organizacion de la guerra civil.—Cuestion artillera.—Abdicacion de don Amadeo.—La Hacienda.

Alfonso, y se proponia colocarle en el trono, con la regencia de Montpensier durante la minoría del príncipe, cuyo mínimo sería 18 años y el máximo 21. Formóse un comité de 12 personas para unir las diversas tendencias de los alfonsinos, pero no duró mas que un año. Mal habia de conseguir su objeto cuando los principales personajes no estaban unidos; cuando Montpensier escribió á Cristina que no podia continuar ligado á la causa de don Alfonso, porque entre otros motivos no se le habia cumplido una de las condiciones estipuladas en la fusion, la union de doña Isabel con su marido, y el duque estimaba que no podia obtenerse ni aspirarse á nada decorosamente mientras continuaran ambos cónyuges siendo motivo de censuras de toda la familia; que tal desavenencia contribuyó en gran parte al alzamiento de setiembre, y se mostraba quejoso de que sin su auencia se hubiesen hecho ofrecimientos á un general de alta talla política que habia ocupado los primeros puestos del país, á cambio del auxilio que pudiese prestar á los restauradores. Doña María Cristina envió esta carta á su hija llamándola la atencion sobre su gravedad, y aconsejándola no se malquistara con el duque; y doña Isabel contestó aceptando la renuncia de este, y declarando que rompía con él toda clase de relaciones. Respecto á los motivos de la revolucion de setiembre, decia que, «algo independiente de mis actos; algo que puede compararse á la deslealtad del hermano, contribuyó á mi caida del trono;» que quedaba en la plenitud de sus régias facultades respecto á su hijo, y que se reservaba asociar á la causa de este y al porvenir de su dinastía, al primero que con fuerza y recursos bastantes levantara en España la bandera del príncipe. No podia expresarse con mas franqueza ni revelarse con mas sinceridad los mas íntimos sentimientos.

Interpretándolos habian ya trabajado otros para efectuar la restauracion por un pronunciamiento, como lo intentó el general Gasset con fondos que facilitó aquella señora, para «mover la corrompida sociedad de nuestro desventurado país y adelantar de una manera rápida el curso de mis trabajos.» No adelantaban estos mucho, porque los recursos escaseaban, y se conoce que se necesitaba entonces bastante dinero para producir alfonsinos; así se condeñaba la reina de «que no hubiese en los hombres políticos toda la voluntad que para los sacrificios pecuniarios echaba de menos el general.»

Cuando esta señora puso coto á sus desembolsos, se paralizaron algun tanto los trabajos de seducción; se esperó que la Real Familia se reconciliara por completo; Gasset regresó á Madrid, formó parte del comité de generales, en el que continuó trabajando con escaso éxito; habíase hecho centro de la restauracion el conde de Valmaseda, tomaban en esto una parte activa y algunos interesada, Marchessi, Zapatero, el general de marina Pavía, Buzarán y otros, de acuerdo en su mayoría con Montpensier, que llegó á desalentarse de una manera tan evidente, que produjo reclamaciones y que no hubiera el mejor orden y concierto en los trabajos de conspiracion que se efectuaban, no desconocidos del gobierno, que dió pruebas de generosa tolerancia: ofuscados los alfonsinos procuraron atraerse á los carlistas, considerándolos como elementos afines; lo rechazó la prensa de aquel partido con aspereza y hasta insultando á los que les querian tener como amigos; se recordaron ofrecimientos y adhesiones de generales moderados á don Carlos; se hizo ostensible la falta de armonía en todos, el poco prestigio de los moderados, aun cuando no faltaban individualidades que se movian y traspasaban los mares, para concertarse en Cuba con los generales Caballero de Rodas y Valmaseda.

Eran entonces muchos los que se metian á restauradores; pero han sido mas los que despues han alegado méritos imaginarios. Algunos turvieron el mérito de disfrutar de lo presente, asegurando el porvenir. Si por estos entes se juzgara la sociedad humana, formaríamos de ella triste idea; son excepciones, que se hallan en los camaleones políticos, no en los francos y entusiastas partidarios de un sistema, en los que forman en un partido de creencias sólidas, de principios definidos, que observan con fe su credo y defienden con valeroso y constante entusiasmo su bandera.

Habia comenzado el año 1873 y la insurreccion carlista no daba los resultados que sus promovedores esperaban, lo cual aumentaba la impaciencia de don Carlos y su ardimiento, revelado en la multitud de cartas y órdenes que escribió, á la vez que se ven en ellas las múltiples emociones de su alma, la constante agitacion de su espíritu, su perenne entusiasmo, aquella esperanza que nunca le abandonaba, aquella fe ciega, jamás desanimado, y siempre trasmitiendo á todos su decision y energía. Oculto en las inmediaciones de Burdeos, se ausentó de ellas por carecer de seguridad, y se estableció entre Toulouse y Tarbes. Ordenó la entrada en España de los comandantes generales, jefes y oficiales que aun residian en Francia y fuesen útiles; que el comandante general de Santander corriera á su puesto y el de la Rioja empezara sus trabajos, deseando verlo todo organizado para ir á participar de las glorias y penalidades de sus defensores; se lamentó de que las cosas en Navarra iban muy despacio, comprendiendo el daño que hacia la falta de fusiles, «lo que ha sido gran lástima, decia, porque han tenido una temporadita en que no habiendo sido molestados, podian haberse organizado muy bien.» Se afanaba por la introduccion de armas, y pretendia hacerlo tambien de un cañoncito que existia en Ginebra.

No se realizaban tantas ofertas de toda especie como se habian hecho á los carlistas, y se aumentaban los disgustos, las acriminaciones y la desunion. En Vizcaya se iba afiliando gente con trabajo, en Alava todo eran dificultades, y en Guipúzcoa no habia menos marasmo que en las anteriores provincias hermanas. Esto desesperaba á don Carlos y le impulsaba á escribir á Dorregaray formulando terribles cargos contra Lizárraga, Dorronsoro, Velasco y otros, porque no improvisaban batallones de carlistas, y de estos mismos decia que ofrecian sin dificultad sus vidas y pocos lo hacian de sus bolsillos. Para efectuar el alzamiento en Guipúzcoa proponia don Carlos á Dorregaray que pasaran los navarros á aquella provincia, para conseguir así lo que no conseguia Lizárraga y Dorronsoro. No merecia este los cargos que se le hacian: hombre práctico, conocedor del país y de los elementos con que se contaba, obraba con prudencia, y no queria secundar aventuras impaciencias. No eran las circunstancias como en abril del año anterior; habia muchos desengañados, y oposicion general á tomar las armas; así que Santa Cruz apenas reunió 300 voluntarios, y no se podian reunir mas: de aquí la ida de los navarros á efectuar el alzamiento. Si hubiera habido en Guipúzcoa autoridades liberales á la altura de las circunstancias, no habria tomado la guerra en esta provincia las proporciones que tomó. Fué previsora la diputacion guipuzcoana creando un cuerpo franco de 500 hombres á costa de la provincia; pero no bastaba este número ni aun para evadir la recluta que hacian los carlistas, presentándose el 4 de enero en Regil don José Ignacio Vicuña con 100 hombres armados; se racionó y marchó hácia Beizama; Santa Cruz, Soroeta y demás seguian instruyendo á su gente y procurando molestar cuanto podian (1). El cura Goirieta entró 5 dias

(1) Lizárraga ordenó el 6 de enero á todos los jefes de estacion del ferro-carril, considerando que la circulacion de los trenes y comunicaciones telegráficas eran el arma mas poderosa con que un gobierno ateo contaba:

«Artículo 1.º A las seis horas de recibir esta mi comunicacion, deberán quedar desocupadas y cerradas todas las dependencias de la vía que están á su cargo.

«Art. 2.º Pasadas las seis horas serán hostilizados todos los maquinistas que conduzcan trenes y fusilados todos los empleados que sean aprehendidos en el servicio de la vía férrea, previa identificacion de sus personas, conviccion de la falta de cumplimiento á esta mi orden, y despues de recibir los auxilios espirituales.

«Art. 3.º Trascorridas las seis horas, principiará el deterioro en la vía, cuya indemnizacion jamás podrá tener la empresa derecho á reclamar.

«El que sea católico español ante todo obedezca mis órdenes, si es que ama á su patria y no desea sumergir en llanto y luto á su familia y á las de sus dependientes.»

despues en Aramayona, con unos 150 hombres y su charanga. Las correrías de las partidas y los daños que causaban, sin lograrse su exterminio, sobreexceió la opinion pública en la provincia, se pidió reemplazar con oficiales jóvenes á otros de miqueletes que por su edad, aunque no muy avanzada, no podian emplear aquella incesante actividad propia de la juventud y exigida por la clase de guerra que se hacia; mas no era de ellos solos la culpa, la habia en las órdenes que recibian de la autoridad militar y aun de la misma corporacion foral, sin prescindir de que no podia menos de concederse algo á la clase de enemigos que habia que combatir y á la naturaleza especial de aquella lucha.

Empezaron á comprender los pueblos liberales que debian defenderse, y siendo Guetaria uno de los mas decididos, pidió 50 ó 60 fusiles para armarse otro tanto número de voluntarios nacionales, y tuvo que pedirlos la diputacion al gobernador militar, al que no le sobraban.

Los carlistas, especialmente el cura Santa Cruz, empezaron á dar á la guerra carácter de bandolerismo; se robaba á los viajeros, se fusilaba sin los auxilios espirituales al alcalde de Anoeta don Rafael Francisco Olamendi, lo cual ocasionó terribles represalias en Tolosa, expidiendo en su consecuencia Santa Cruz una terrorífica circular á los pueblos, que les aterrorizó, y la diputacion, en su vista, dispuso que cuatro columnas de miqueletes se dedicaran exclusivamente á perseguir al cura. Fué activa la persecucion, pero aquel constante subir y bajar montañas era ineficaz; agravábase la situacion de la provincia y la diputacion pidió refuerzos. Eran necesarios si se habia de auxiliar á los pueblos liberales que hacian grandes esfuerzos y sacrificios, antes que se vieran obligados á abandonar sus hogares. Ya faltaba la seguridad personal; se hacian secuestros como el del regidor de Fuenterrabia don Salvador Echevarría; se invadían las minas de San Narciso; se recorrían los caseríos inmediatos á Irun, llevándose á la fuerza á todos los jóvenes que en ellos habia, cuyos padres se presentaban llorando á las autoridades; lanzábase á la guerra personas acomodadas de Azpeitia y de Azcoitia al saber que se habia ordenado su prision; incendiaba Santa Cruz la estacion de Hernani y ordenaba el fusilamiento de Leiza, que salvó providencialmente la vida (1). Imponiéndose los carlistas por el terror, reclutaban forzosamente los mozos en Astigarraga, Alza, Loyola y casi á las mismas puertas de San Sebastian, donde se citaban los nombres de los que engrosaban las partidas carlistas. Consideradas estas por la diputacion como «cuadrillas de forajidos que cometian toda clase de crímenes,» pidió al gobierno la adopcion de medidas extraordinarias, porque solo con el empleo de la mas extrema dureza, decia, era posible cortar de raíz las periódicas perturbaciones del orden que se presenciaban y se reproducian si la lenidad no cesaba.

Hallada por Lizárraga la oportunidad de salir á campaña presentóse en Vergara con unos 80 hombres, permaneció una hora en la villa y marchó hácia Azcoitia, llevándose algunos caballos y fondos de la poblacion y de particulares. Recorrió el valle de Lasarte sacando mozos y ostentóse á poco en Usurbil al frente de unos 600 hombres. Cercano este pueblo á San Sebastian, era una verdadera provocacion. Formóse inmediatamente una columna de poco mas de 300 hombres, cuyo mando se encomendó al coronel de Luchana señor Osta, quien obedeciendo las órdenes de su jefe salió de la ciudad sufriendo un aguacero torrencial, lo cual, ni las oportunas observaciones del citado coronel lograron detener la salida de aquella columna, que no podia llegar al punto á que se la destinaba en buenas condiciones para pelear, y menos para atacar al enemigo de frente y donde quiera que lo hallara.

Posesionado éste de la ermita de San Esteban, frente á Usurbil, á la izquierda del rio Oria, que se interponia entre el pueblo y la posicion de los carlistas comunicándose por el

(1) Al ir á fusilarlo en Astigarraga, cuyo vicario le confesó, echó á correr, y aunque en la descarga que le hicieron recibió un balazo en un muslo y otro en una mano, era joven, de 23 años, y pudo llegar á Hernani, aunque en deplorable estado.

punto inmediato, no podia ser mas excelente su situacion: los árboles y unas cercas de piedra les servian de parapeto y les daban completa seguridad. Bien lo conoció Osta al divisarlos desde la carretera; pero avanzando á la cabeza, sin vacilar y de frente hácia el enemigo, atravesó el puente, le dejaron los carlistas que fuera ascendiendo la montaña, y ya cerca de ellos, una descarga á quemarropa rompió la unidad de las fuerzas liberales y se introdujo el desorden. Trató de restablecerlo el bizarro coronel, y llevado de su arrojo, guiado por su pundonor y queriendo mostrar á sus soldados cómo se avanzaba, lo hizo de frente, y cayó atravesado de un balazo el cráneo. El segundo jefe de la columna que tomó el mando, no pudo disponer otra cosa que una prudente retirada á Usurbil.

Este desastre causó gran consternacion en la provincia. Súpole Moriones al llegar á Zumárraga, y al ir á San Sebastian por el ferro-carril, los carlistas que habian incendiado la estacion de Otzaurte, apostados entre Villabona y Andoain, hicieron una descarga sobre la máquina exploradora, y otra al tren en el que iba el general, hiriendo á uno de sus soldados. El de viajeros fué apedreado al dia siguiente en el mismo sitio: eran recibidos otros trenes con descargas, y constantemente se estaban levantando rails.

Crejó la diputacion, ó mas bien el diputado general señor Aguirre, impedir tales desmanes poniendo á precio la cabeza del cura Santa Cruz, ofreciendo por ella 10,000 pesetas, y Lizárraga á su vez ofreció 20,000 por la del señor Aguirre. No produjeron resultado alguno estas medidas, continuaron merodeando las partidas carlistas por los montes, fué batida la de Santa Cruz en Alquiza, efectuóse la expedicion navarra á Guipúzcoa, pero se luchaba aquí con el inconveniente de la falta de municiones, por lo que Dorronsoro creia indispensable limitar el movimiento de la provincia á 400 hombres en cada uno de los partidos forales, armados con carabina giratoria, cuyo número ascenderia poco mas ó menos á 1,600: «sacar gente y no municionarla, es llevarla á la carnicería, es hundir el país y perder la causa, y no seré yo quien contraiga semejante responsabilidad.... Muy grato me seria levantar en Guipúzcoa 6,000 hombres, cosa que no seria difícil, con 6,000 fusiles y diez millares de cartuchos, y á condicion de no desuiciar este ramo.»

Aunque tales obstáculos tenian que vencer los carlistas, la situacion de Guipúzcoa empeoraba: la comunicacion del ferro-carril, ya muy expuesta, se iba á ver interrumpida: las operaciones militares no daban grandes resultados. La vanguardia de las fuerzas que guiaba el general Gonzalez, capitán general del distrito, tropezó en Iturrioz con los carlistas que aguardaban en buenas posiciones, y cuando menos lo esperaban los liberales recibieron una descarga que les causó muchas bajas é introdujo gran desorden y pánico, dispersándose unos, tirándose otros al suelo; mas apercibióse á tiempo el general, y ayudándole su E. M. contuvo la fuga ya iniciada, enseñando á todos con el ejemplo, el puesto de honor. Restableció el orden y la disciplina, los aterrados poco antes recobraron su ardimiento y lanzáronse impávidos á la voz de su jefe sobre las posiciones enemigas conquistándolas á la bayoneta. Derramóse abundante sangre, inclusa la del jefe liberal, pero produjo esta accion buen efecto moral en los pueblos de aquella jurisdiccion, regresando á sus casas muchos de los mozos que los carlistas habian sacado de ellas.

Mientras Santa Cruz apaleaba en Zarauz á infelices dependientes de la fábrica del señor Vea Murguia, entre los aplausos de una multitud tan soez como fanática (2), y unido con el cura de Orio sacaban los mozos de los pueblos de la costa, sin exceptuar los casados, é incendiaban el puente de Orio, Lizárraga con Olla, guiando ambos unos 2,000 hombres, se situaron entre Azpeitia y Azcoitia, atacando aquel al primer pueblo con unos 700 navarros y guipuzcoanos: defendiéronse valerosos los carabineros, civiles y voluntarios, rechazando la acometida que duró tres horas: ambos combatientes experimentaron algunas pérdidas. Los carlistas se re-

(2) Los apaleados Jaime Forns, maquinista catalán, y José Larrañaga, del mismo Zarauz, murieron de resultados de tan inhumano castigo.

tiraron á Cestona: á Azpeitia acudieron Blanco y Primo de Rivera.

Próximos unos y otros combatientes, era inevitable el choque que Primo de Rivera, como mas cercano á los carlistas que se fortificaban en Aya, no podia consentir que llevaran á cabo su propósito, que era el de hacer de aquella altura, tan perfectamente situada, su cuartel general, su plaza fuerte, á cuyo efecto se hallaban allí unos 1,500 hombres, efectuando obras exteriores de defensa, cortaduras y cuanto su ingenio les sugeria. Dispuso Primo de Rivera el ataque, bien secundado por Blanco, tomó el pueblo á la bayoneta, causando al enemigo considerables bajas de muertos y heridos, entre estos dos curas, y algunos prisioneros, sufriendo tambien la tropa liberal pequeñas pérdidas, porque no fué grande la resistencia de los carlistas, que aseguraron la retirada por tener interceptados los caminos, lo cual impidió á la caballería cargar á los que se retiraban, solo molestados por la artillería que llevaba Blanco. Para esto debieron haberse reunido tres columnas, que al fin no lo hicieron, habiendo quedado el batallon de la Constitución que estaba en Asteasu, y otros, esperando órdenes.

Al saber el capitán general de Guipúzcoa que varios carlistas de los sacados á la fuerza estaban escondidos deseando presentarse, ordenó que los que lo hicieran sin armas, quedaran en sus pueblos en concepto de detenidos. Produjo esto tal disgusto en San Sebastian, que pretendieron los voluntarios deponer las armas. Los comandantes de aquellos, los senadores, diputados y la mayor parte del ayuntamiento, manifestaron colectivamente á la diputación lo trascendental de la medida, por el íntimo convencimiento que tenían de «que la impunidad era la causa de la reproducción periódica de los actos de vandalismo y desolación que el país acababa de presenciarse;» expusieron al día siguiente que las rebeliones de Guipúzcoa eran preparadas y ejecutadas por los que fueron indultados una y dos veces, y que en vez de ser sometidos á los alcaldes los que se presentaran, lo fueran á la autoridad militar judicial; acudieron tambien al gobierno, pero este, que consideraba de alta trascendencia la presentación de los carlistas, porque no temiendo el castigo menudearian las deserciones que desmoralizaban, y haría que los padres fueran á buscar á sus hijos, no quiso desautorizar lo dispuesto por el capitán general, cuyas disposiciones recomendaba se obedeciesen, así como la union de todos los liberales.

Parte de los carlistas arrojados de las alturas de Aya, guiados por Santa Cruz, el cura de Orio y Soroeta y en número de unos 800 atacaron á Deva, cuyos voluntarios se defendieron desde la casa consistorial é iglesia: intimóles Santa Cruz la entrega á discreción perdonándoles en este caso la vida, pues de no hacerlo «serían castigados con pena capital y demás consecuencias;» el alcalde y jefe de voluntarios conferenciaron con los jefes carlistas, exigiendo estos además llevarse prisioneros todos los voluntarios, arrasando sino la población; inaceptable lo propuesto, se aprestaron los liberales á continuar la resistencia; pidió entonces Santa Cruz le entregasen las armas, y no haría daño ni exacción alguna; no conformándose los voluntarios, sus familias y muchos vecinos salieron á los balcones pidiendo que de cualquier modo se obtuviera la paz, á lo cual accedieron los liberales por haber visto algunos grupos de carlistas dispuestos á incendiar edificios con petróleo, del que llevaban un carro. Dueños de Deva los carlistas, se dirigieron á Motrico, cuyos voluntarios liberales salieron á su encuentro. Al mismo tiempo llegaba á Deva la columna de Primo de Rivera, corriéndose los carlistas al monte Arno.

Las tropas liberales combinaron un movimiento convergente para cubrir el río Oria y avanzar hasta Aya, examinando despacio los terrenos de derecha é izquierda, y al oír fuego de cualquier columna acudir las demás al sitio; pero la movilidad de los carlistas solía hacer estériles estas combinaciones. El cura de Orio con unos 300 hombres, desde Vidania, hizo una correría por Orendain, Amezqueta, etc., perseguido por Loma; volvió á Vidania y se dirigió á Irrestilla, Loma hacia Zaldivia, perdió la vista de sus perseguidos, y el coronel Fontela que salió aquella mañana de Tolosa, llegó persiguiendo á los

carlistas á pernoctar á Vidania. A la vez, parte de la columna Fernandez cubría los puentes de Anoeta, Irura, Villabona y Andoain, y el jefe con el resto de la fuerza estaba en Tolosa. Loma pernoctó en Ormaiztegui. Todos estos movimientos se efectuaban en un pequeño espacio de terreno, en el que casi podían darse la mano las columnas liberales, y sin embargo, los perseguidos evadían el encuentro, y solían pernoctar en el mismo pueblo que abandonaban por la mañana perseguidos por los liberales. Esta era la guerra en Guipúzcoa. Insistía la diputación en que se combinaran las operaciones; pero como todos los jefes de las columnas, ó los mas de ellos, seguían las instrucciones de Primo de Rivera, y con frecuencia se ignoraba el paradero de este, que tenia por necesidad que moverse, sus órdenes llegaban cuando no podían tener aplicación. Había fuerzas suficientes para que ocupando unas los puntos principales y persiguiendo otras, se obtuvieran beneficiosos resultados en poco tiempo; «lo que no sucederá, decía el brigadier del Amo, si andamos corriendo de una parte á otra dejando hoy pueblos que mañana hay que volver (1), porque los carlistas suelen esperar la salida de la fuerza, para á las dos horas bajar ellos á racionar; yo obedeceré las órdenes del general Primo de Rivera, siempre que no estén en contradicción con las noticias que yo reciba, y por las cuales pueda alcanzar alguna partida y así hará tambien Fontela, que según instrucciones debe operar bajo mi dirección»...

Retirado el general Gonzalez á Vitoria, á atender sin duda á la curación de su herida, todas las fuerzas que operaban en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya se pusieron á disposición del general Primo de Rivera, que adoptó el sistema de fortificar y guarnecer á Deva, Elgoibar, Elgueta, Salinas, Cestona, Villabona, Berastegui, Segura, Usurbil y Anzuola, que del Amo cuidara y vigilara la orilla del río Deva, y Fernandez la del Oria, con los respectivos puestos guarnecidos en esta dirección, y otras columnas obraran entre dichos rios si las facciones se encontraran en esta zona, debiendo, si no lo estuviesen, perseguirlas en cualquiera otra, aunque fuese fuera de la provincia. Las columnas operadoras eran seis, al mando respectivo de Primo de Rivera, del Amo, Castillo, Fernandez, Fontela y Loma. No estaba mal dispuesto el plan; pero la proclamación de la república en Madrid suspendió por el momento las operaciones: preocupaba mas á los generales la política que la guerra.

En Vizcaya se habían esforzado los que se levantaron en armas en dar importancia á la guerra, queriéndola llevar hasta el valle de Carranza, donde Gomez se afanaba en reclutar gente, haciendo lo mismo los demás partidarios, aun cerca de Bilbao. Por no haberse presentado Velasco, dirigía la diputación el movimiento, dejando mucho que desear sus disposiciones; si bien el jesuita Goiriena y otros cabecillas hacían lo que se les antojaba, estando este á punto de ser cogido en el histórico Arechabalagana, cerca de Guernica, por una bien combinada operación de Ansótegui que llevando en 17 ómnibus desde Bilbao los forales y civiles que en aquellos cupieron, y enviando por mar una columna de carabineros en el vapor *Pelayo*, cayeron todos sobre los carlistas, quienes al saber la aproximación de sus enemigos, salieron de Guernica hacia las alturas de Rigoitia, y cuando Goiriena daba descanso á su fatigada gente, la liberal, que iba descansada, sorprendió por el lado opuesto á los carlistas con una descarga que les causó algunas bajas de muertos y heridos, huyendo los demás, arrojando no pocos las armas, y abandonando caballos, efectos y papeles.

El golpe que recibieron los carlistas fué rudo, mas no lo consideraron sino como un fracaso. Gomez y Chuchurria se dirigieron á Villasana, produjeron alguna agitación en las Encartaciones, y rechazados, regresaron hacia Valmaseda; las partidas del Artillero, de Belaustegui, Isasi, Bernaola y Goiriena, se reunieron el 20 de enero en Arrestin, teniendo en un caserío de Ipiña los talleres de cañones y correajes; inutilizaban el telégrafo y el ferrocarril, diciendo Belaustegui que tales desperfectos eran un aviso para que dejaran de prestar servicio aquellos elementos de comunicación que eran un obs-

(1) Omite el verbo ocupar.

táculo al triunfo de la causa que defendía, conminando con castigos á los empleados, maquinistas y demás dependientes, en todo lo cual obraba obedeciendo órdenes superiores; fueron terribles las que dió Goiriena; Bernaola, al ver que se guarnecían las estaciones del ferrocarril, dijo á los jefes de las de Orduña y Bilbao «que si no se retiraban á cuatro leguas de distancia serían pasados por las armas inmediatamente que fuesen capturados;» el puente de Arrancudiaga, las estaciones de Areta y Miravalles y las casetas de los guardas, fueron incendiadas con petróleo; se apoderaron de algunos fondos de los ayuntamientos, y tuvieron que replegarse las tropas que custodiaban la vía férrea, abandonándola, privándose Bilbao de tan interesante arteria de su comercio. El mismo don Cecilio Campo, propietario de Galdames, desmentía sus antecedentes pacíficos con su actividad para reunir carlistas, cometer desmanes en inermes ciudadanos, destruir el telégrafo de Bilbao á Portugalete y Santander y algunas obras del ferrocarril á Triano.

En vano procuraban el gobierno y las autoridades alentar el espíritu público para perseguir á los carlistas, presentándoles como criminales mal avenidos con la abundancia y prosperidad que en el país reinaban, rogándoles con la paz para no ponerlas en el caso de aplicar las leyes de la guerra y la energía de las medidas militares; en vano hasta se les suplicaba que no comprometieran con su obcecación la vida de las instituciones vizcainas, todo era inútil. Y eran pocos sin embargo. Al presentarse Velasco tuvo que alentar el espíritu carlista, dirigiendo severos cargos á sus correligionarios llamándoles egoístas y raza degenerada; y como no bastaba esto para aumentar sus filas, él, y los demás jefes, se valieron de la fuerza para conseguirlo, y aun tuvieron despues que penetrar en Vizcaya los navarros para lograr la reunion de algunas fuerzas.

No menos esfuerzos se hacían en Alava y la Rioja para levantar partidas, diciendo en sus alocuciones el comandante general carlista de ambos distritos, don Eustaquio Llorente, que ya era hora de que acabara el cobarde reposo en que yacían, pues el que no saliera en defensa de la cruz no era católico, ni era carlista el que se acobardara ante el peligro de perder la vida. Para estimular la desercion en el ejército, ofrecía á los sargentos que se entregaran con su compañía el empleo de capitán, y la licencia á los soldados, una vez terminada la guerra.

En Navarra obraba Ollo con actividad aunque no le secundaba la diputación que continuaba en Francia, á pesar de sus excitaciones para que se presentara á encargarse de la administración carlista. En tanto, él imponía y cobraba contribuciones, para lo que fué á Estella el 2 de enero con 300 infantes y 90 caballos, encerrándose la guarnición liberal en el fuerte. Dueños los carlistas de la ciudad, cobraron un trimestre de contribucion, recogieron caballos, equipos, uniformes de los voluntarios de la libertad, y con buen botín, sin ofender á persona alguna, ni ser molestados por la guarnición, marcharon al amanecer á Abarzuza, alojándose tranquilamente en esta villa, aumentadas sus fuerzas con los que se incorporaron en Estella. Para dar á todas la posible organización fueron al valle de Yerri, buscando sitios ocultos para hacer municiones malas, improvisaron fraguas para herrajes, recompusieron equipos, arreglaron enfermerías para los caballos, no tenían veterinarios, y hallándose deseudados en Salinas de Oro, vieron invadido de repente el pueblo por fuerzas liberales. Verdadera confusión se produjo en los sorprendidos carlistas, que corrían en todas direcciones sin poder atravesar algunas calles, interceptadas por los bagajes, sin nadie entenderse, hasta que lograron ir saliendo á las afueras del pueblo, y colocándose los carlistas lo mejor que pudieron, contestaron al fuego que se les hacía, contentiendo á los liberales hasta el osecurecer, que cesó el tiroteo. Un grupo carlista que se situó en la ermita, desde la cual rompió el fuego, fué el que causó mas bajas á los liberales que iban por la carretera de Muez, sin flaqueo, ni tomar antes una buena y marcada posición que allí existe, y que pudo ser causa de que se copara á la mayor parte de los carlistas. Hubo algunas bajas de una y otra parte en la hora y media que duró el fuego. Quedó en Salinas cuanto habían

sacado de Estella los carlistas, incluso el dinero y armamento, sin que los liberales se apercibieran de ello (1).

Por mal terreno, y lloviendo, fueron los carlistas á pernoctar á Munarriz. En su busca los liberales, chocaron en breve cerca de Goñi con las fuerzas de Oscariz y Pérula que sostuvieron valerosamente la acción: mayor el empuje de la fuerza liberal, se enseñoreó de las posiciones de aquellos, que corrieron á unirse con Ollo que había tomado otra dirección desde Munarriz. Vivamente perseguidos, tuvieron que efectuar difíciles y arriesgados movimientos, marchando y contramarchando, sin dejar por esto de racionarse todos los días y dormir dos ó tres horas; interceptaban correos, sacaban contribuciones, y mandaban dinero á Francia para procurarse armamento y municiones. Acosados Ollo y Pérula por las cuatro columnas que les perseguían, se refugiaron en el valle de Lana, pernoctando en Galbarra. Echándose encima los liberales, no tuvieron mas remedio los carlistas que al salir del pueblo hacer frente á una columna que bajaba de Amescoa, cañoneándose desde las afueras de Ulibarri. Bien sabían aquellos que los cañonazos eran aviso de una á otra columna; no le impuso esto á Ollo, que al esperar á su enemigo solo se proponía foguear á su gente y aun cargar á la bayoneta si el avance de la columna le hacía ver que no era numerosa. Perfectamente distinguían los carlistas las piezas y guerrillas que les hacían fuego, al que contestaban, esperando ser atacados por la poca distancia que entre ambos mediaba; mas no lo fueron, limitándose los liberales á los disparos de cañon que no causaron mas que una fuerte contusion á un capitán.

Al retirarse los carlistas á Zúñiga, llevaron un camino tan estrecho, que despues de pasar la infantería, se obstruyó por caer dos mulos cargados, impidiendo el paso á la caballería. Una columna liberal que les perseguía, conducida por un buen guía del país, avistóles y rompió el fuego de cañon desde una altura inmediata; diez ú once granadas reventaron entre los caballos, sin poder estos moverse ni experimentar una baja, lo cual parecía increíble, aunque otra cosa se supuso; pudo al fin salvarse el obstáculo y aquel mal paso; reunidos en Zúñiga contramarcharon á la Amescoa, cruzaron despues la Barranca subiéndolo á Madoz, y burlaron así á sus perseguidores que quedaron á retaguardia, y las guarniciones de Irurzun, Alsásua, Salvatierra, etc.

Consideráronse tranquilos en Larrainzar donde celebraron el primer consejo de guerra para juzgar á dos de sus voluntarios, fusilando á uno y apaleando al otro; uniéronse momentáneamente en Azcona casi todas las fuerzas carlistas, quedando Ollo al separarse con la mayor parte de ellas; continuaron todos efectuando marchas y contramarchas; fué Pérula á los Alduides á recoger el equipo y armamento que previsoramente estaba oculto, destinado para la escolta de don Carlos, por los que aun permanecían en Francia tranquilamente, y á juicio de los que operaban, criticando sus operaciones; cobraron contribuciones en muchos pueblos; aumentó Pérula en Monreal su caballería con los tiros de los coches de Pamplona á Sangüesa y vice-versa; yendo á Gallipienzo llevó paralela una columna liberal, pudiendo oírse mutuamente los cánticos de unos y otros, no muy expansivos los de los carlistas que comprendían el peligro de verse atacados, y como no lo fueron, de aquí la alegría que en Gallipienzo demostraron; penetraron en la importante villa de Caparroso, donde sacaron buenos caballos y muchos efectos, incendiando la estación del camino de hierro; al ver los liberales la audacia de sus enemigos corriéndose hasta la ribera de Navarra, se esmeraron en ocupar los puntos estratégicos de retirada á las montañas, pues no podían seguramente permanecer los carlistas en terreno llano, no amedrentó á Pérula la determinación de sus contrarios, é inspirándose en su osadía, invadió la rica población de Villafranca de mas de 3,000 almas, entró en la plaza con ocho

(1) Lo que mas perjudicó á los carlistas fué que al romperse el fuego, huyeron dos capellanes á la desbandada, sin parar hasta Munarriz, en el valle de Goñi, diciendo á su paso que aquello había sido otra traición como la de Oroquieta, lo cual causó á Ollo y á todos gran disgusto, debiéndose á la influencia de algunas personas el que no hiciera terribles escarmientos.